

UN POETA CAMBIÓ DE BAHÍA

Bécquer da a los poetas andaluces —¿sólo andaluces?— un contenido tono elegíaco y una austera utilización de lo que, según se quiera, podría llamarse retórica o poética. Haz y envés de esa moneda singular que es la poesía. Tanto como si dijéramos que Bécquer inaugura una poesía que es la nuestra y que arrumba todo lo que deja de ser eficiente: arqueología, teatralidad, engolamiento. Las cosas han venido al mundo de las cosas mismas: son creaciones que nos mueven o nos dejan indiferentes, pero se deslizan con suavidad a nuestro lado y las manos, para detenerlas, apenas si tienen que levantar un gesto descuidado.

José Luis Cano es un poeta andaluz, de la bahía de Algeciras, que un día mudó de azul para cambiarse a las aguas más tranquilas de Málaga. Pero, en su juventud, escribe los **Sonetos de la bahía** (1940-1942). Ya no son necesarias muchas precisiones: presencia entristecedora del Peñón, recuerdos que hacen la historia y la veta silenciosa que se llama Bécquer, y que —en su dolorido sentir— se llamó Garcilaso. El poeta utiliza esa estrofa canónica y cerrada —postguerra española— que es el soneto. Y sonetos bellísimos escribe José Luis Cano: con un palpitar deliberadamente garcilasiano, en la melancolía contenida, incluso en los endecasílabos agudos.

Lejanías de fondos inalcanzables ya. Y como una continua presencia de filosofía clásica: tierra, aire, agua, fuego. Teorías griegas a la orilla de un mar intensamente azul. Los elementos conforman el sentido de lo que es imposible: huella de la amada sobre la arena, viento fatal que pasa enamorado, agua salobre para labios sedientos y fuego trasfundido en corazones. Todo formas fugitivas cuya presencia acongoja al "poeta taciturno", porque él es la criatura en que los elementos se ensañaron, no para crearlo, sino para destruirlo. Pero Bécquer no era acritud ni violencia; era una suave y fatal entrega. Melancolía es el nombre preciso. Todos estos sonetos de José Luis Cano tienen un significado de logro inalcanzable, pero el poeta no se desespera, acepta y cuenta. Sí, el tiempo le dio el rumor y el visco de la sangre, pero rumor y visco estaban contenidos en los cauces precisos que impedían —casi siempre— la violencia.

Buscando fórmulas de referencia, pienso, a veces, en Miguel Hernández, sofrenado por una humanidad comprensiva que ya es Lope. Han ido saliendo nombres a nuestro paso: voces de apasionado amor, de humanísimo amor que, por verdadero, quiere ocultar su pudor, como **La mano solitaria**, que busca luces en la tiniebla:

Qué soledad de mano desvelada
por un rumor de sangre suspirante,
y qué vena o temblor, qué amor vacante
ilumina su palma delicada.

Qué soledad y qué desesperada
congoja sobrecoge su diamante
cuando esta niebla dulce se levante
ciega su luz de nave enamorada.

Una luna pareces, que amarilla
por un cielo impasible va bogando
para acaso tocar una mejilla.

Y yo parezco un ciego que palpando
va tu vano deseo, y a la orilla
de la bahía quédase soñando.

Pero el sentimiento no es una abstracción, sino la honda presencia arraigada, y en las presencias es donde los sentimientos nacen y viven; los poetas se identifican con el mundo en torno y lo hacen morir en ellos o se vierten hasta convertirlos en objeto de su amor. José Luis Cano vivió el prodigio de su adolescencia: amores delicados, presencias esquivas o penadas ausencias. Entonces las cosas fueron su codicia y su identificación, su entrañamiento y su evasión.

Elementos precisos en un arte lleno de recatos: mar y nubes, arenas y sol, noche y júbilo del día, alondras y azores, alba y luna. Mundo en el que el adolescente estaba incerto y del que no quería salir, porque hubiera sido evocar la muerte.

(Sueña el ave en su orilla, y siento el vuelo
cálido de mi sangre. Dulcemente
va naciendo el amor, muriendo el día.)



Es, sí, saber que todo acaba como la verdura de las eras, y la dignidad del hombre está en la renuncia a tiempo. Pero ¿y en Andalucía? Todo son dedos que atenazan a la tierra: las arenas amarillas, los cielos transparentes y los cuerpos en los que el sol dibuja sus caricias. Morir en Andalucía no es renunciar a tiempo, porque el tiempo no existe; no es saber que la nieve pasa o la hierba se agosta porque toda la creación es la pureza de un oro insólito. Por eso, el poeta andaluz, ante la muerte tiene un hondo desgarró

(¡Ay, petenera gitana!
¡Yayay, petenera!)

o tiene el más acongojante de los silencios. José Luis Cano ha callado. Hay un largo enmudecer para que sus versos fluyan y no lastimen. La muerte es una presencia de la que no nos podemos zafar, pero que no es otra cosa que una delicada caricia o la vida realizada con una total plenitud:

[...] El hijo largamente contempló el mar. Hundió después su rostro en la arena suavísima, y durmióse como un niño. Soñó que era la muerte más dulce aún que la vida, como un sueño dichoso en aquel claro paraíso de la luz ardida y mar amanecido.

Saber de siglos es este contemplar las cosas desde la enfrentada orilla. Saber que dan las arenas viejas y las olas que nunca llegan a entremezclarse. Porque podríamos ir punteando tan largo —y premonitivo aprendizaje— y hasta tentaríamos dar nombre a la geografía, si esa geografía aún no lo tuviera. Se llamará **Otoño en Málaga** o **Costa del Sol**. El poeta, como si fuera marisqueando por los cantiles, ha trocado los nombres de las bahías: ya no la natal, sino esta otra donde está la "Luz del tiempo", ésta que aprendió a amar con la amistad de Emilio Prados y que el recuerdo concitaría a la muerte del amigo:

Contemplabas el mar con tu mirada viva,
donde la sonrisa de un niño,
la arena dorada, el sol, las conchas de
[la orilla,
reflejaban su fresca ternura matinal,
como el hermoso mar reflejaba indolente
el purísimo azul de los cielos suaves.



La muerte, que es el tema fundamental de su segundo libro (**Voz de la muerte**, 1940-1944). Presencia más que corporal, de criatura desasida, de delicadísimos motivos: espuma, alba, luz eterna. Y pájaro y sonrisa y ternura de madre. De forma que la muerte es el éxtasis que se manifiesta con semejanzas de amor, más allá —o más acá— de tantas figuras retóricas como se han acuñado para desatenazar terrores. Visión paradisíaca —y hay recuerdos inesquivables— esta presencia de la muerte que ya nunca abandonará al poeta: ha llegado la plenitud total que supera la vida trascendiéndola. Ni sumisión ni rebeldía: es un suave reposo en el que cabe la identificación, amada corpórea y tangible, alcanzada ya, para lograr la hipóstasis deseada:

Y pues permites, oh muerte, oh -piadosa
[muerte,
que muera con el brillo de este mar
[reflejado en los ojos,
de nuevo amando su luz, que
[prematamente me arrancas,
sus espumas, que tantas veces apaciguaron
[mi inquietud,
déjame que te bese en sus labios, en
[sus ondas,
déjame que te cante, oh piadosa, oh eterna.

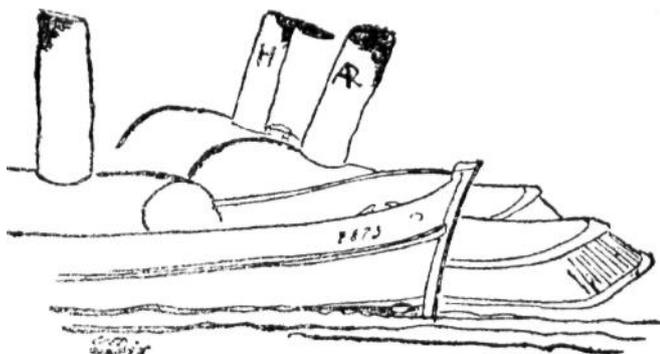
Como un tenue apuntar hacia las cosas, el verso de José Luis Cano se encamina hacia los más puros sentimientos y hacia las verdades más desnudas. ¡Qué difícil prodigio el de ordenar las cosas percederas sin que la voz tenga una estridencia, o se quiebre en sollozos que rompen la quietud del aire! Castilla ante la muerte tiene un gesto de dignidad sostenida: morir en Castilla es aplicar una larga lección de renunciadas y de austeridades.

Mínima materia dijo Dámaso Alonso cuando habló de los versos de José Luis Cano. Era un mundo ante el que los ojos se abrían —aunque fuera para morir sosegadamente—, mundo recién hecho donde aún no existía la materia, sino seres vitalmente vivos. Mínima materia para apuntar, señalar y callarse. Por eso esta poesía de luz y mar, de remormor y arboledas recoletas es un prodigio que sólo en Andalucía puede darse. Me diría que sólo en Málaga: cal blanquísima para que los ojos no se dilaten, perfumes que atraviesa camino de la renuncia, azules recién estrenados para el abrazo. El poeta, marisqueando por los cantiles, ha dejado la gloria y dolor del Peñón o la muerte entre fanfarrias y cañones. Ahora, no. Sólo un tacto sutilísimo, un nombre lleno de veladuras y, ya, el silencio. José Luis Cano ha encontrado su soledad, encontrándose a sí mismo, se ha transfundido y ha podido cantar. Versos hechos de silencio y de intimidad. Versos de irisaciones y temblores. Málaga en otoño, con la "tierna serenidad" de "resbalar cálidamente por esta luz".

Sin querer hemos llegado a una sencilla identificación. Vivir y morir son una sola cosa. Vivir es irse quedando solo, poco a poco. Morir, alcanzar la plenitud de la soledad. Pero, ¿y entre tanto? Hay un cansancio que el clásico llamó **taedium vitae** y que en esta poesía son **Las alas perseguidas** (1940-1945): fatiga de vivir que recorta el temblor del vuelo o que hace pensar en la enjalbegada pared donde el cansancio se remansa: de ahí el contemplarse ajeno a sí mismo en el destierro, las elegías de las vidas que se cumplieron o el descanso escorado de las naves varadas. Poesía de amor continuado la que denuncian estas elegías. Amor hacia todo lo que fue un presente huidizo, y ya no es; amor a los pequeños motivos que, por su insignificancia, obligan a detener la mirada cuidadosa para no lastimar su presencia; amor en la belleza que hace sentir nuestra propia soledad. Todo una evasión efímera, igual que la presencia de la realidad más delicada:

(Se doraba la seda de una acacia en la clara avenida y la luz se quemaba dulcemente en sus hojas.)

Vida y muerte identificadas en el otoño, cuando las líneas son la más abstracta geometría o la ciudad se convierte en un puente de melancolías. En el comienzo, el adolescente había hecho su vida de la literatura: llevaba en el fondón del alma Bécquer y Garcilaso. Más allá del medio del camino, el hombre maduro sentía que la vida se le iba convirtiendo en literatura. Porque una cosa es querer ser y otra haber sido; es el enorme salto



del ensueño a lo que ya nunca será. El poeta ha cambiado de bahía: **Otoño en Málaga** (1949-1954) es el otoño de sí mismo. Como Verlaine, José Luis Cano se identifica con la ciudad a la que ama y en la que se siente ser. Pero el paraíso no está en nosotros mismos, si es que pensamos poderlo alcanzar alguna vez; el paraíso desaparece cuando los ojos se abren y "las almas van despertándose / de su trémulo entresoñar". (Goethe, con su inmensa sabiduría supo decir que "el fondo poético es el fondo de la propia vida"). Ha sonado el bordón opaco de los tiempos: amor, ternura, ausencia, van teniendo cadencias de despedida y cuando, definitivamente, se enciende la **Luz del tiempo** (1961-1962) el poeta, perdido en sí mismo, ya no piensa en Alexandre o en Hernández, sino en todo lo que fue algo en su vida y ya no podrá ser. Ahora se llaman ecos perdidos de Emilio Prados o Antonio Machado. Evasión —¿otra vez?— hacia esta "armonía increíble" donde la vida o la muerte no cuentan. Donde presencia y tras mundo son una sola realidad en la que el poeta hubiera querido vivir, quiere vivir, uniendo teorías de oposiciones. Pero los delicados aires, la verde serranía, el vuelo de espuma o la insatisfacción del amor son —sólo— sombras fugitivas. En esta nueva bahía, las manos que se abren en ofrenda no encuentran sino un ceniciento desengaño barroco:

(Oh tierra, oh desamparo, oh ciego viento que va perdido por la noche oscura y encuentra al fin la luz, la paz, la nada.)

Ahogadas las voces de alcatraces y procelas, definitivo, total, el silencio.

Manuel ALVAR